

LO VIVIDO Y LO NARRADO EN LAS
AUTOBIOGRAFÍAS DE TESTIMONIO.
ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DEL GÉNERO
AUTOBIOGRÁFICO: DE PILAR CALVEIRO
A EDUARDO JOZAMI

Desde hace tiempo, en los estudios sobre obras autobiográficas de testimonio de la represión de Estado en el Cono Sur, se han marcado unas etapas en las que el momento de la rememoración de la experiencia del cautiverio está imprescindiblemente relacionada con el tiempo histórico en que dicho testimonio se convierte en narración. No vuelvo a repetir aquí las diferentes modalidades con que se produjeron las autobiografías de la experiencia de la desaparición, a la vuelta a la democracia.¹ Me limito a recordar el recorrido que va desde un primer periodo de silencio en el que la sociedad entera tuvo que enfrentarse con su reciente y horrorosa historia sobre el terrorismo de Estado, pasando por los años '80, cuando los informes, para la CONADEP, de los sobrevivientes de la

¹ “Desde antes de las transiciones democráticas, pero acentuadamente a partir de ellas, la reconstrucción de esos actos de violencia estatal por víctimas-testigos es una dimensión jurídica indispensable a la democracia. Pero, además de que fue la base probatoria de juicios y condenas al terrorismo de estado en la Argentina (y lo están haciendo posible en Chile), el testimonio se ha convertido en un relato de gran impacto fuera de la escena judicial,” Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), p. 28.

detención clandestina delataron las prácticas de la tortura y de las diferentes vejaciones sufridas por los presos políticos y que sirvieron, sucesivamente, para articular los juicios de lesa humanidad, hasta inaugurar, desde mediados de los años '90, la proliferación de autobiografías y autoficciones sobre el tema, que se convierte, por eso, en tema por novelar.²

La revisión del propio pasado reciente se encontró subyugada por lo que Arfuch llama “una especie de tabú discursivo,”³ es decir, por un fuerte prejuicio social hacia el estatus de militante sobrevivido, porque se impuso y sostuvo, para justificar la ferocidad del terrorismo de Estado, la teoría de los ‘dos Demonios,’⁴ esa división maniquea entre inocentes y culpables, donde se igualaban las violencias de ambos bandos⁵ y se

² Muchos son los estudios críticos, de diferentes procedencias disciplinares, que abordan las problemáticas subyacentes a las modalidades con que la literatura testimonial se produce a lo largo del tiempo, desde la vuelta a la democracia hasta hoy en día. Cfr., entre la amplia bibliografía: Nelly Richard (ed.), *Política y estética de la memoria* (Santiago: Cuarto Propio, 2000); Ricardo Piglia, *Crítica y ficción* (Barcelona: Anagrama, 2001); Nelly Richard, *Residuos y metáforas (ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)* (Santiago: Cuarto Propio, 2001); Erika Martínez Cabrera, “Hablar al hueco: silencio y memoria en la última dictadura argentina,” 452^aF, n. 6 (2002): 105-22; Miguel Dalmaroni, *La palabra justa: Literatura, crítica y memoria en la Argentina, 1960-2002* (Buenos Aires: Ed. Melusina, 2004); Sarlo, *Tiempo pasado*, cit.; Nelly Richard, *Crítica de la memoria* (Santiago: Eds. Universidad Diego Portales, 2010); Leonor Arfuch, *Memoria y autobiografía. Exploraciones de los límites* (Buenos Aires: FCE, 2013), pp. 76-79; Patrizia Violi, *Paesaggi della memoria* (Milán: Bompiani, 2014).

³ Arfuch, *Memoria y autobiografía*, cit., p. 108.

⁴ *Ibidem*, pp. 105-77.

⁵ Afirma Pilar Calveiro en una entrevista: “La violencia estatal en la Argentina tendía a definir lo ‘justo’ como aquello que defendía el derecho, aquello que se apegaba a la norma. [...] En el ámbito de las organizaciones armadas, la idea de justicia tenía que ver con la noción de justicia social. Se trataba de una justicia social que buscaba mayor equidad social y económica en el marco del socialismo, como alternativa al paradigma de un capitalismo necesariamente excluyente. El argumento que justificaba la violencia era que frente a un estado que es violento, ilegítimo e ilegal (porque la guerrilla empieza durante un régimen dictatorial, el de Onganía), es válido instituir

simplificaba la naturaleza misma del compromiso armado de las organizaciones políticas de izquierda, ERP y Montoneros etc., induciendo a considerar la lucha por parte del poder militar contra la guerrilla armada como una guerra ‘santa’ en la que se habían enfrentado dos ejércitos con iguales responsabilidades, uno de los cuales intentaba adueñarse de la patria para difundir las ideas subversivas comunistas y que, por cumplir operaciones terroristas, merecía ser aniquilado. Eso comportaba la legitimación de la tortura y de la ejecución de los presos por ser jóvenes asesinos al servicio del comunismo, y con el objeto de extirpar el germen de la subversión de una generación entera intentando evitar que fuera posible transmitirlo a las nuevas, se consideró justificada la apropiación de hijos nacidos en cautiverio y su entrega a familias de sólidos valores morales.

Por muchos factores, pues, las obras testimoniales van proponiendo diferentes modelos de realización, dependiendo

una violencia revolucionaria que deshaga ese orden. En principio, parecería un razonamiento impecable. Sin embargo, tiene algunos problemas.

Un primer problema es que este uso de la violencia, sobre todo en la medida en la que se fue intensificando, implicó una renuncia a la práctica propiamente política que busca el consenso dentro de la sociedad.

Un segundo problema fue que, en vez de desmontar la violencia estatal, la violencia guerrillera sirvió para potenciarla. [...] Yo creo que uno de los problemas que ocurre con los movimientos revolucionarios de los 70 es que su violencia intenta rebasar la violencia estatal, intenta reemplazar el poder armado del ejército por uno superior. Esto no hace más que potenciar la espiral de la violencia. [...] Digamos, entonces, que en los movimientos revolucionarios hay una intención ética, pero la ética no está claramente presente en la práctica concreta. La violencia guerrillera entra a jugar con la violencia estatal y en algún sentido intenta emparejarse con ella pero, hay que decirlo, sin entrar nunca en la misma lógica.

Quiero ser clara: la violencia guerrillera y la violencia del estado no se asemejan y quienes lo hacen se equivocan. La violencia guerrillera no solo es de otra intensidad – mucho menos – sino de otras características,” en Michael J. Lazzara, María Rosa Olivara-Williams, Mónica Szurmuk, “Violencia, memoria, justicia: una entrevista a Pilar Calveiro,” *A Contra Corriente*, vol. 10, n.2 (2013): 324-46, 335-36.

del momento histórico en que la elaboración de la experiencia vivida se convierte en narración de dicha experiencia. Por otro lado, la distancia entre lo vivido y lo narrado marca la distancia misma entre los acontecimientos evocados por la memoria y la elaboración de estos por parte de un 'yo' que no es ya uno mismo. Claro está que el desdoblamiento del yo constituye la esencia misma del género autobiográfico, porque va marcando las diferencias con las que la identidad presente se enfrenta con la de su pasado a través del pasado, a través de la memoria; y la necesidad misma que todo narrado autobiográfico contiene en sí es, efectivamente, la utilización de la memoria, y de la narración para dar luz en el presente, saldando las deudas y lo que queda por resolver de su propia experiencia pasada. Escribe Sarlo:

No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo *común*. La narración inscribe la experiencia en una temporalidad que no es la de su acontecer (amenazado desde su mismo comienzo por el paso del tiempo y lo irrepetible), sino la de su recuerdo. La narración también funda una temporalidad, que en cada repetición y en cada variante volvería a actualizarse.⁶

El acto de 'traducir' el recuerdo en discurso es darle un lugar y un tiempo y lo sitúa en la lógica misma del *logos*.

Otro aspecto que es necesario subrayar es que muchos relatos de testimonio continúan proponiendo la lucha armada y la experiencia de sus adeptos con un enfoque todavía militante, es decir, intentando construir una historia 'otra,' la de los vencidos, que justifica todas las estrategias políticas de las 'orgas,' sin mirada autocrítica, utilizando incluso todo el bagaje de símbolos y de retórica revolucionaria que remontan a los

⁶ Sarlo, *Tiempo pasado*, cit., p. 29. La palabra en cursiva es de la .

años 70, un universo autoreferencial sobre el cual, hoy en día, algunos autores⁷ están cuestionando la pervivencia de su poder persuasorio en una sociedad global muy diferente de la de aquellos años.

En esta óptica, hay una doble intención: por un lado, la tentativa de comunicar la experiencia del cautiverio – de la tortura, de la *reductio a bios*, de la degradación, cosificación de la víctima y del poder absoluto y aniquilador del victimario –, aunque continúa sobreviviendo la paradoja propuesta por Primo Levi sobre la intransmisibilidad de la experiencia de los campos de exterminio, puesto que solo los que desaparecieron podrían contarla. Por otro lado, estas obras intentan proponer un nuevo modelo de héroe,⁸ el mismo ex-desaparecido, porque, entre los compañeros de militancia, el único héroe sin mancha es el militante caído bajo el fuego del enemigo. El campo de concentración clandestino es un lugar que niega al guerrillero la posibilidad de convertirse en héroe y donde nace “la culpa por haber sobrevivido.”⁹ El campo es el lugar donde no se pueden llevar a cabo actos heroicos: la muerte por sus propios ideales es el acto heroico que consagra al militante a su causa; sobrevivir es término oximórico con respecto al estatus de héroe y, en el campo, el hecho de sobrevivir a una sesión de tortura y a la muerte, conlleva la sospecha de la traición, de la dilación de compañeros y de desestabilización de la organización a la que se pertenece.

Muchas memorias de cautiverio encierran esa responsabilidad de ennoblecer la experiencia militante, incluso dentro de

⁷ Pienso en concreto en unos estudios de Fernando Reati.

⁸ Héroe en el sentido de que superó pruebas, no las universalmente aceptadas por la sociedad, es decir, morir en el campo de batalla, sino las pruebas ominosas sufridas en el campo de concentración. Una nueva versión de la ‘prueba cualificante’ de Greimas, que el sobreviviente necesita nobilitar. Cfr. Arfuch, *Memoria y autobiografía*, cit., pp. 94-95.

⁹ *Ibidem*, p. 95.

los campos de detención, proponiendo inalterada la oposición entre un ‘nosotros,’ paladinos de la patria libre de la injusticia, y un ‘ellos,’ el terrorismo de Estado.

Todo eso es algo ya comprobado por una larguísima literatura y me sirve en ese contexto solo para introducir los términos del análisis que voy a proponer, es decir, la profundización de algunas implicaciones del género autobiográfico que encontramos en dos autobiografías publicadas entre finales del siglo XX y en estos últimos años, que ofrecen matizaciones inéditas a los presupuestos básicos de la narración de testimonio de una experiencia realmente vivida, a través del recuerdo de esa experiencia. Me refiero a *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* de Pilar Calveiro,¹⁰ la novela de testimonio que representa, quizá, la primera ‘hibridización’ del género y a *2922 días. Memorias de un preso de la dictadura* de Eduardo Jozami.¹¹ Dos obras muy diferentes entre sí, por su estructura, por los diversos grados de implicación del ‘yo’ en la materia narrada, por la elección de estrategias narrativas que consiguen hasta esconder el compromiso testimonial del sujeto detrás de ‘otras voces’ que corroboran el discurso llevado a cabo, otorgándole mayor objetividad por ser experiencia compartida; o, a su vez, marcar la distancia entre el tiempo de la experiencia con el presente de la narración, hasta conceder al ‘yo’ reconocerse a través de esa evolución que implica, necesariamente, un doloroso proceso de autocritica.

Todo ello conlleva una pregunta que, a mi parecer, es el punto esencial para darse cuenta del por qué el género autobiográfico, en obras de testimonios de los presos por el terrorismo de Estado, se declina en una amplia variedad de posibi-

¹⁰ Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue, I ed. 1998). En este trabajo hago referencia a la edición de 2001.

¹¹ Eduardo Jozami, *2922 días. Memorias de un preso de la dictadura* (Buenos Aires: Sudamericana, 2014).

lidades, que hasta cierto punto dependen de la distancia entre lo vivido y lo narrado. La pregunta fundamental es: ¿por qué se escribe?

Es indudable que el recado testimonial presupone un imperativo de orden moral, en los términos propuestos por Primo Levi, como ‘materia prima’ de una experiencia que es imposible transmitir, cuyo valor reside solo en los ámbitos de la necesidad moral de quien ha sobrevivido, puesto que, por ser narración ‘substitutiva’ de la experiencia de la muerte, se define como una transmisión negada. Tras un primer momento en el que las autobiografías delataron al mundo lo indecible de la experiencia en los campos, se abre un amplio abanico de respuestas, incluso múltiples, que cooperan cada vez más para moldear las características de un género – el autobiográfico¹² – que se desarrolla según el tiempo histórico en que se produce. A eso hay que añadir que su utilización en tiempos y lugares diferentes hace que adquiera aspectos inusitados, pero adecuados a su contexto.

Hay, además, una paradoja epistemológica en toda autobiografía, sobre todo en la del testimonio: la imposibilidad de contar la Historia, de establecer una distancia entre la experiencia y su implicación en la misma por parte del sujeto, porque “el ‘deber de la memoria’ [...] induce una relación afectiva, moral con el pasado”¹³ y, al mismo tiempo, gracias a esta falta de valor de la verdad absoluta, puede asumir el papel intrahistórico de una verdad individual, subjetiva y, por ello, adquirir sentido.

¹² La problematización y la ambigüedad de las fronteras del pacto autobiográfico propuesto por Lejeune ya es evidente en su formulación misma, como evidencia de Man en aquellos mismos años, problematización y ambigüedades sobre las que se investiga todavía. Cfr.: Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique* (Paris: Ed. du Seuil, 1975); Paul de Man, “Autobiography as De-facement,” *MLN, Comparative Literature*, vol. 94, n.5 (1979): 919-30.

¹³ Sarlo, *Tiempo pasado*, cit., p. 56.

Sin embargo, hay también un factor determinante en la posible declinación adquirida por las autobiografías de testimonio. Está relacionado con las diferentes actitudes del sujeto frente a la materia contada y a los acontecimientos de aquel pasado. ¿Desde qué perspectiva, qué implicación se asume entre el presente de la narración y el pasado de la experiencia autobiografiada?

Esta es otra pregunta tajante de naturaleza extraliteraria que, nunca como en este caso, implica consecuencias de orden literario, porque concierne a la modalidad con la que el sujeto histórico se coloca con respecto a su biografía vivencial. Cuando sus entrevistadores le preguntan a Pilar Calveiro acerca de las diferentes ‘acogidas’ de sus libros sobre la desaparición, la violencia y la militancia por parte de muchos militantes, ella – desde una perspectiva plenamente reivindicada y derivada por la exigencia de buscar su responsabilidad en aquellos eventos –, precisa que su mirada crítica hacia aquella época no es solo el resultado de una reflexión individual, subjetiva, sino de una “reflexión colectiva sobre los temas tratados,”¹⁴ y se explica las diferentes reacciones producidas por su lectura crítica de aquellos años como consecuencia de la manera en la que sus lectores militantes se enfrentaban con su propia historia común:

El ámbito de quienes fueron militantes en los años 70 no es homogéneo. [...] Hay otra gente que coincide bastante con mi perspectiva y, por supuesto, también hay gente que no tolera ninguna crítica de los 70. No la toleran por distintas razones. A veces porque usan la militancia en los 70 como una especie de credencial que les valida un pasado heroico, que les valida una historia política que no están dispuestos a revisar.¹⁵

¹⁴ Lazzara, Olivara-Williams, Szurmuk, “Violencia, memoria, justicia: una entrevista a Pilar Calveiro,” cit., p. 329.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 328-29.

Sea como fuese, las dos obras que examinamos guardan la reivindicación de una subjetividad, de una identidad previa y posterior a la experiencia de cautiverio, de una identidad histórica que se manifiesta en lo real a través de su oficio – politóloga una y periodista el otro – que nos da la razón sobre el hecho de que su experiencia, consecuentemente, está filtrada por su *Weltanschauung* y que ambos, en esto sí, intentan medir una distancia de los hechos contados que responde a su actitud crítica con la que interpretan – y hasta viven, quizá – el presente del cautiverio, sin descuentos y con desencanto, subrayando las responsabilidades mutuas de las fuerzas políticas y ‘armadas’ que, por aquel entonces, se enfrentaban en la Argentina, considerando que formaban parte activa en una de ellas.

Más allá de la distancia temporal inevitable entre el yo de la experiencia contada y el yo de la narración, desdoblamiento presente en todo relato autobiográfico, Calveiro y Jozami eligen marcar su distancia a través de diferentes estrategias narrativas. En *Poder y desaparición...* está clara la tentativa de una distancia polarizada del sujeto a través del uso de la tercera persona y de testimonios ajenos que comprueban lo que viene contado, intentando lograr una especie de actitud ‘anafectiva,’ impersonal, científica, hacia lo narrado que lleva la autobiografía a proponerse, desde su título completo, como un ensayo de análisis político, pero también como un texto que sondea los confines de un mundo sumergido, desconocido, enseñando, en los pormenores, las modalidades con que esa diferente sociedad, la del campo de concentración, dispone y dicta sus reglas comportamentales, incluso, me atrevería a decir, éticas y morales. El yo, su identidad, su mirada subjetiva, se ensconde y sustenta a través de la elección de la narración en tercera persona y un ‘nosotros’ que se evidencia por la referencia continua a textos testimoniales de otras víctimas, sobrevividas o no, por las digresiones que nos informan del sucesivo destino de algunas de ellas, subrayando, una vez más, la completa arbitra-

riedad con la que los victimarios decidían no solo la vida y la muerte de sus presos sino también su horrible cotidianidad.

Calveiro nos proporciona un texto que no dibuja simplemente la reiterada serie de abusos y de vejaciones que los jóvenes militantes, de diferente procedencia política, sufrieron en los campos, sino una exhaustiva descripción de un *milieu* inconcebible, donde se subvirtieron las más elementales y sentadas reglas del vivir del hombre entre hombres y, al mismo tiempo, una interpretación de los acontecimientos históricos que ocurrían en el mundo fuera de allí – y que determinaban incluso la vida y las esperanzas de los reclusos –, detectando las responsabilidades de una y otra banda enfrentada en el conflicto. Calveiro no hace descuentos a la dirigencia de su organización por su incapacidad de contravenir a lo que iba ocurriendo, anteponiendo una ciega interpretación del mandato revolucionario a la realidad que se desarrollaba alrededor, sin tener en cuenta el desastre que sus errores contribuían a producir, con respecto al enfrentamiento con el enemigo, pero también en cuanto al destino de la guerrilla misma, del destino de los compañeros militantes. Sin embargo, cabe señalar que lo que está en los cimientos del texto de Calveiro – que, recordamos, ella escribe en México y que es el resultado de la elaboración de su tesis doctoral, es decir, nace con un planteamiento científico – es la convicción de que el poder aniquilador del campo de concentración no está desvinculado de la sociedad que lo produjo. Esta tesis atraviesa y concluye el libro y la escritora reitera su lectura en este sentido una y otra vez, incluso en otros momentos en que propone su visión de aquellos años, donde afirma:

Hay a la vez un conjunto de responsabilidades de las que es importante dar cuenta y a partir de las cuales se hizo determinada experiencia. Hoy esta gama de responsabilidades debe ser trabajada desde los lugares de la memoria. No fue una casualidad que la guerrilla pensara en una salida de tipo militar para lo político. Tenía que ver con una

forma de pensar y de organizar la política dentro de la sociedad. Tampoco fue casual que las Fuerzas Armadas decidieron matar a todos. Una frase de uso común en la Argentina de esa época era: “Hay que matarlos todos.” Lo decía todo el mundo, desde el carnicero hasta tu mamá en tu casa. Estas lógicas, dinámicas y complicidades son las que tendríamos que poder abordar.¹⁶

Lo que intenta promover Calveiro, con sus diferentes obras sobre aquellos años en la Argentina, es despertar la conciencia de la necesidad por parte de una sociedad entera de enfrentarse con su pasado a través de la elaboración ética del mismo, para construir una memoria colectiva transmisible a las generaciones futuras, lo que se define ‘testimonio de segunda o tercera generación.’ Solo asumiendo su propio pasado, su propia historia, es posible independizarse, al fin, de aquel pasado que tiene que ser reconocido como pasado nacional pero también como pasado colectivo de una civilización, a la manera del Holocausto que, gracias al trabajo continuo de su revisitación, forma parte de la historia de cada uno de nosotros y de los que vendrán.

El hecho de que el libro de Jozami se sitúe en una zona fronteriza, como el de Calveiro, entre los confines que definen el género autobiográfico – con sus muchas variantes terminológicas: autobiografía, memoria, relato autobiográfico, novela de testimonio, hasta autoficción – es algo expresado por el autor desde el prefacio, y reiterado una y otra vez a lo largo de la progresión de la escritura – y de la lectura – de la obra. Hablo de lectura porque el autor se refiere a su lector, de baudelairiana memoria, en diferentes momentos de la diégesis para, claro está, marcar su implicación, pero también para que sea patente que su relato memorialista es un acto comunicativo que busca la participación del receptor en el intento de

¹⁶ *Ibidem*, p. 332.

aclararse como sujeto de su larga experiencia como preso, para, finalmente, proporcionar a dicha experiencia individual un valor testimonial y también colectivo. No obstante, Jozami nunca se olvida de que sus memorias no pueden – ni quieren – adquirir el valor de una crónica objetiva. El intento programático de su relato está presente en el paratexto, al principio y al final del libro. En el prefacio se lee:

Desde esta perspectiva, podríamos considerar que esta memoria es también un texto de ficción. No hay en los hechos que la narración incorpora uno solo que haya sido inventado por el autor, pero ficción no es sinónimo de falsedad, es un modo de relatar que no contrasta necesariamente con la verdad. Se sabe, además, que la memoria es subjetiva y selectiva, olvida ciertos episodios y jerarquiza otros. [...] Pero quizás el texto sirva para entender la experiencia de quienes militamos en ese tiempo, para ubicarse en una época en que era la política la que parecía dar sentido a toda otra manifestación de socialidad.¹⁷

El sentido del propio testimonio es la exigencia de un esclarecimiento personal del yo que cuenta su experiencia, con la distancia temporal de 35 años de los acontecimientos narrados. Una distancia de lo narrado del sujeto que rememora a través de su propio desdoblamiento, como veremos luego en algunas elecciones estructurales de la diégesis. Jozami había elegido, en algún momento, de aceptar la deriva clandestina de Montoneros, deriva que él mismo lee como el alejamiento por parte del movimiento de su esencia política, es decir, del contacto popular, hacia la actuación de la violencia revolucionaria. Pero, al mismo tiempo, el acto de narrar nace de la necesidad del autor de ofrecer a la posteridad, a su lector, la reconstrucción de las dinámicas de un mundo totalmente distinto del

¹⁷ Jozami, *2922 días*, cit., p. 11-12. Las demás citas de la novela de Jozami llevarán los números de página directamente al final.

actual, a través de unas reflexiones que desbordan el autobiografismo individual para llevar a cabo la compleja lectura de aquellos años.

La lectura crítica de su pasado, y del de su país, no nace de un arrepentimiento, y eso se detecta en lo que escribe:

La política era para mí como una segunda naturaleza, pero algo muy íntimo me decía que había mucho de impostado en ese perfil soldatesco que los tiempos me habían llevado a adoptar. [...] Ni entonces ni ahora, sin embargo, me sumé a las declaraciones categóricas de rechazo absoluto a la violencia, en cualquier tiempo y lugar, que suponen una deshistorización de nuestra experiencia. (140-41)

Ni su lectura de las responsabilidades de la dirigencia montonera durante la clandestinidad puede corroborar la reconstrucción de aquel pasado desde la perspectiva de la derecha:

La violencia no existió en la Argentina como parecen creer algunos intelectuales porque ellos decidieron apoyarla. Había una historia que la explicaba y una mayoría social que terminó apoyándola para enfrentar a la dictadura. No haber entendido la excepcionalidad de ese momento y pretender seguir guerreando después de 1973 fue un error muy grande, aunque no resulte inexplicable en el contexto ideológico de entonces. (141)

Jozami relata su historia, es decir, su vida carcelaria a lo largo de los ocho años que estuvo preso, desde el 12 de septiembre de 1975 hasta el 11 de septiembre de 1983, pasando a través de cinco lugares de detención diferentes, a través de 18 capítulos. En ellos nos cuenta episodios de vida cotidiana en la cárcel, con las discusiones entre compañeros de diferentes procedencias políticas, la gradual exacerbación de las medidas represivas en el trato de los presos después del golpe – cuando se le entregó a los militares el poder incluso en las cárceles –,

la desaparición arbitraria de unos, el secuestro de su mujer, Lila, en junio de 1977, recluida en la ESMA, y la sospecha, entre sus camaradas, de que ella pudiera haber colaborado para salir viva al extranjero. Asimismo, hace comentarios sobre las lecturas hechas que le sirven para filtrar lo cotidiano y nos hace partícipes de sus reflexiones políticas escritas en la cárcel, minuciosamente copiadas en papel de cigarrillos para difundirlas entre los camaradas. La parte reflexiva acerca de los acontecimientos políticos de aquel tiempo se configuran, en la novela, como un relato paralelo en su memoria de la experiencia contada, donde se intenta resumir una especie de historia crítica de un decenio, 1973-1983, relato que poco a poco se apodera de todo el espacio narrativo, en los últimos capítulos.

La aventura de su mujer internada en un centro clandestino, su sobrevivencia y la posibilidad de ir a despedirse de su marido antes de marcharse al extranjero, momento en que Jozami puede oír su testimonio directo de la vida en la ESMA, constituyen pormenores personales que, al mismo tiempo, ayudan a dar a conocer – a él mismo y a sus compañeros – las diferentes condiciones de los internados en los centros con respecto a los presos ‘oficiales,’ pero también evidencian cómo, en la cárcel y entre los militantes todavía activos, no quedaba claro el grado de arbitrariedad con el que los victimarios decidían sobre la vida y la muerte de las víctimas y, por consiguiente, la aparición con vida de los secuestrados podía interpretarse como la prueba de colaboración con el poder aniquilador, como ocurrió con Lila, tachada de traidora por sobrevivir a aquel infierno. De aquí algunas consideraciones de carácter general sobre un tema que continúa siendo central y muy debatido, que encontramos también en la obra de Calveiro y en las reflexiones de Aufuch, es decir, la imposibilidad, de quien sobrevive a la desaparición, de ser percibido como *héroe*. Escribe Jozami: “No deja de ser curioso, sin embargo, que quienes habían sobrevivido resultaran sospechosos, como si no debiera desearse que hubiera más sobrevivientes” (110).

Pero si el instinto de supervivencia puede proponer ciertas opciones, hay algo de espiritual en el hombre que no autoriza a pensar que mi vida sea más importante que la de los otros. Los desaparecidos podían ser torturados e interrogados sin límites de tiempo. En esta situación es imposible fijar, en términos generales, niveles de resistencia a la tortura o de tolerancia al dolor, y todos aquellos que intentaron resistir con dignidad merecen nuestro respeto aunque no siempre lo hayan logrado plenamente. (102)

La novela de Jozami, además, marca la distancia del sujeto frente a su narración, debida al tiempo que transcurre entre lo vivido y lo contado y a las reflexiones elaboradas a lo largo del tiempo sobre aquel pasado que él, con su misma rememoración, intenta ordenar a través de la escritura. Esa demarcación de los diferentes momentos del yo se da a través de la bipartición de la estructura de la novela misma: los 18 capítulos están correlacionados por un anexo donde encontramos un breve resumen del secuestro previo a la detención del mismo Jozami, en abril de 1972, y algunos fragmentos de las cartas que el protagonista había escrito a su mujer y a sus familiares, introduciéndolas con unas palabras previas para el lector:

Los fragmentos de las cartas enviadas desde la cárcel que aquí se incluyen *permiten apreciar otro registro* de la experiencia carcelaria. He seleccionado de manera especial algunos que reflejan un clima de época, naturalmente muy distinto del actual.

Quizá pueda advertirse una línea de pensamiento más o menos coherente, pero también se verá hasta qué punto – más allá de críticas y cuestionamientos – el que esto escribe compartía los valores centrales del mundo militante de los años sesenta y setenta. [...] Las palabras en cursiva y entre paréntesis constituyen aclaraciones que juzgo indispensable *para la comprensión del lector*. Priorizando su condición de documento, no he hecho correcciones al texto de las cartas.¹⁸

¹⁸*Ibidem*, pp. 184-85. Las cursivas son mías.

Las cartas señalan el amplio recorrido temporal de su cautiverio. Allí quien escribe es el yo de aquel entonces, por lo que hay casi coincidencia entre lo vivido y las cartas, donde es detectable la actitud del montonero preso, a través de sus reflexiones, sobre la situación política contundente. El sujeto de las memorias se refiere a este apartado, propuesto como documento, una y otra vez, en la primera parte de la narración, como si hubiera una ósmosis que unifica los dos diferentes momentos de la diégesis, que, al mismo tiempo, evidencian las diferencias entre su identidad de hoy y la de aquel ayer.

Para concluir, las dos autobiografías de Pilar Calveiro y de Eduardo Jozami se presentan como textos que sobrepasan los límites impuestos por el género al que pertenecen, límites que ya habían sido cuestionados desde la aparición de la teoría lejeuniana sobre el 'pacto autobiográfico.' Además, sus obras pertenecen a una tipología especial, por ser autobiografías sobre la experiencia del cautiverio, que presupone tener que guardar mayor fidelidad al mandato de veracidad y de implicación del yo en lo contado, por razones que pertenecen a complejos ámbitos extraliterarios – psicológicos, éticos, políticos –. En cambio, ambos autores deciden, con modalidades bien distintas, marcar su distancia de su propia experiencia, relatada a través de la escritura, para mejor interpretarla y así entregarla al lector y a sí mismos, para que la historia objetiva, particular, se convierta en historia colectiva de una generación que continúa interrogándose sobre los años más oscuros del último cuarto del siglo XX de la Argentina.